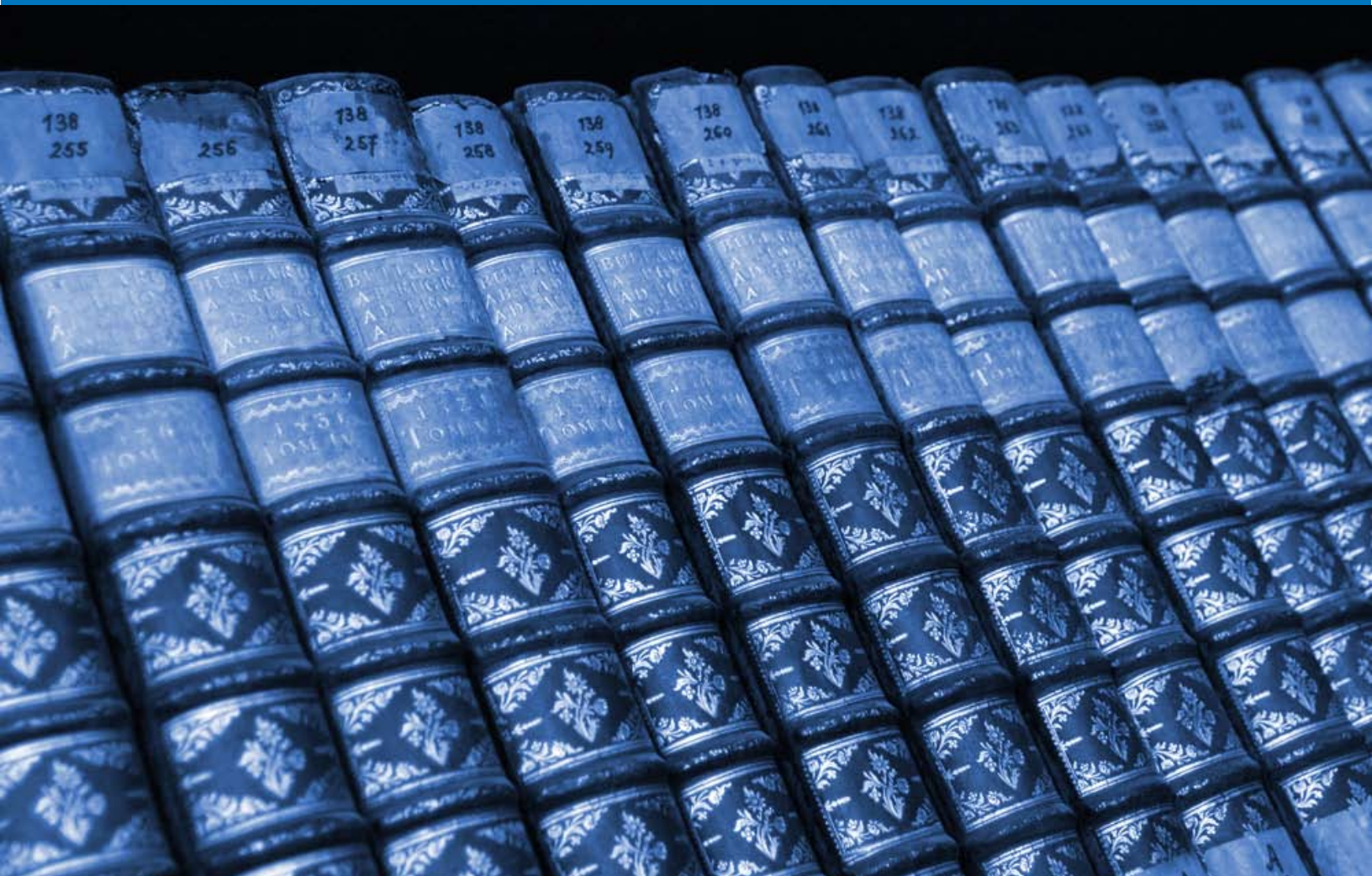


La Reforma Universitaria como fenómeno político y su proyección latinoamericana

Lautaro Bruera (UNR – UNL)
lautarobruera@yahoo.com.ar





Resumen

Este artículo se propone establecer los enfoques teóricos y categorías analíticas, que permitan dar cuenta del fenómeno de la Reforma Universitaria. En este sentido, se recuperan las interpretaciones que lo abordaron, mixturando sus componentes principales, como son su carácter de “nueva generación” o de “elite intelectual”, su pertenencia a las “clases medias”, y su conformación como un tipo de movimiento histórico sujeto a distintas transformaciones, desde su origen en Córdoba hasta su rápida proyección latinoamericana. Se analiza la conformación de una “red de pensadores latinoamericanos” en la década de 1920, que tuvo como corolario el surgimiento de “La Unión Latinoamericana”, y en cuyas filas se encontraban los protagonistas principales de la Reforma, como Saúl Taborda y Deodoro Roca.

Palabras Claves: reforma universitaria, intelectuales, unión latinoamericana.

Abstract

This article sets out to establish the theoretical approaches and analytical categories, that allow to give account of the phenomenon of the University Reform. In this sense, the interpretations recover approached that it, mixing their main components, as they are his character of “new generation” or “intellectual elite”, their property to the “middle-class”, and its conformation like a type of subject historical movement to different transformations, from their origin in Cordoba to their fast Latin American projection. In this sense, the conformation of a “network of Latin American thinkers” in the decade of 1920 is analyzed, that had like corollary the sprouting of “The Latin American Union”, and in whose rows were the main protagonists of the Reform, like Saúl Taborda and Deodoro Roca.

Keywords: university reform, intellectuals, latin american union.



Introducción

Nos planteamos el análisis de la “Reforma Universitaria” como un fenómeno político, con características específicas, y forjador de nuevos sujetos históricos tanto a nivel argentino como latinoamericano, expresado por los jóvenes universitarios. La noción de *kulturkampf* permite traslucir la batalla cultural desplegada en Córdoba, por parte de un núcleo de jóvenes intelectuales, junto a los estudiantes y con la solidaridad del movimiento obrero, frente a la elite encumbrada en el poder como una “aristocracia doctoral”. Esta disputa política y cultural, se desplegó a nivel continental desde el momento en que se desencadenaron los acontecimientos en Argentina dando lugar a la creación de nuevos movimientos sociales como el APRA, e influenciando de manera decisiva para la conformación de la “Unión Latinoamericana”. En ambas organizaciones, y particularmente en la base programática de la “ULA” la participación de los jóvenes intelectuales que formaron parte activa en la “Reforma Universitaria”, van a marcar su impronta ideológica. Ello se llevaba adelante a partir de la intervención de figuras representativas de la juventud universitaria, que aparecían en el espacio público, erigiéndose en una novedad como un actor fundamental, tanto para el desenvolvimiento como para el análisis de la dinámica política, que comenzaban a configurar las diferentes naciones latinoamericanas del siglo XX.

Algunas consideraciones teóricas

Retomando lo planteado por José Luis Romero¹, como criterio metodológico para el análisis del movimiento estudiantil reformista latinoamericano, debemos distinguir su naturaleza, mucho más compleja, que la de los movimientos sociales y políticos. Nacido y desencadenado en el seno de las elites, en algunas ocasiones fue expresión de un grupo disidente y en otras, la consecuencia de los enfrentamientos generacionales. El carácter de movimiento de elite, se mantiene aún cuando sus promotores apelen al apoyo de sectores más vastos o aunque el movimiento lo suscite por su propia dinámica, afirma Romero. Sus objetivos, que podrían aparentar derivar de una reacción espontánea, frente a fenómenos sociales inmediatos, en rigor respondían, más profundamente, a cierta interpretación intelectual de estos, desde una perspectiva propia, que le imprime el análisis establecido por el grupo promotor de la Reforma Universitaria. Por lo tanto, sería una equivocación buscar una estrecha y mecánica relación entre el desencadenamiento y el curso posterior de estos fenómenos. La propuesta de Romero es estudiar estos fenómenos sociales y culturales; por una parte, a través de los grupos que los promueven, y luego por intermedio de los que lo acompañan, le prestan eco, intentan utilizarlos o procuran orientarlos. Por otra parte, también hay que interpretar al movimiento reformista, teniendo en cuenta los problemas específicos que plantea en relación con la vida universitaria, y con el carácter que en cada sociedad desempeña el saber superior y las minorías más cultas, y a través de los nuevos problemas que suscitan, y en los cuales se podía advertir generalmente un diagnóstico prematuro del proceso social y cultural.

1. ROMERO, José Luis; *Situaciones e ideologías en América Latina*, Medellín, Editorial Universidad de Antioquia, 2001.

También, Romero destaca como el centro del problema, el hecho de que las agitaciones universitarias, se transforman en fenómenos cuya magnitud y trascendencia sobrepasan su propio límite, llegando a alcanzar ámbitos externos y profundos que comprometen a toda la sociedad. Esta característica, posibilitó que el movimiento de la Reforma Universitaria, sacudiera el prestigio de las elites tradicionales, lanzando a la consideración de la sociedad, un nuevo cuadro de problemas y sistema de ideas. En este sentido, nos nutrimos de la definición de José Carlos Mariátegui² sobre las elites intelectuales, las cuales operan sobre la historia revolucionando la conciencia de una época. El valor histórico de las ideas, se mide por su poder de principios o impulsos de acción, la elite asume una función esencialmente creadora. No sería de este modo una auténtica elite, aquella que debe el poder a un privilegio, que ella misma no conquistó con sus propias fuerzas. Y así como la burguesía contaba con una elite política e intelectual, a medida que se abrieron grietas en sus principios y espíritu, principalmente con la Gran Guerra, la Revolución Rusa y la Revolución Mexicana, aquella elite comenzó a suministrar intelectuales y políticos al socialismo. Y en los países, en donde el capitalismo no había alcanzado su plenitud material y moral la mayoría de los hombres con más sensibilidad política de la pequeña y mediana burguesía, se sintió impulsada a entrar en las filas socialistas, o pasar temporalmente por ellas. El movimiento de la Reforma Universitaria se inscribe en esta crisis de las elites tradicionales, y el tránsito de la nueva generación intelectual hacia posiciones políticas vinculadas con la preeminencia de lo social y colectivo por sobre lo individual. De este modo, se intentaba reconstituir la estructura de la Universidad, para colocarla a tono con las transformaciones sociales, que con las especificidades de cada país, pero en una sincronía a nivel continental, tuvo lugar a lo largo de la década de 1920.

A partir del texto de Juan Carlos Portantiero, publicado en México en 1978³, comienza una forma distinta de analizar el fenómeno de la Reforma Universitaria, como un proceso, de disputa cultural y política, iniciado en Argentina, y proyectado a través del continente latinoamericano. Se empezó, por lo tanto a hacer hincapié en los grupos sociales que dirigieron tanto al movimiento de la Reforma Universitaria, como a sus detractores, introduciendo la variable de las clases sociales, que permitía distinguir los alcances y los límites que tuvo históricamente, contrastando los discursos de los protagonistas con su efectiva concreción. El mismo año, se publicó otro texto que se inscribe en la misma perspectiva teórica, por parte nuevamente, de José Luis Romero⁴, en el cual se planteaban algunos aspectos centrales de las demandas universitarias, y su relación con la realidad extrauniversitaria, para la cual se fijaba el reformismo sus objetivos, desde un tipo de militancia que había sido promovida al servicio del cambio social, sin adopción de posiciones dogmáticas y con un absoluto respeto por la libre discusión de ideas. Al igual que Portantiero, Romero destaca la dimensión latinoamericana que adquirió rápidamente la Reforma Universitaria, creando en algunos países, los primeros Partidos Políticos modernos. Valoramos estos significativos aportes, e inscribimos este trabajo en una misma línea de búsqueda de profundización analítica. En el trabajo de Portantiero, en relación a los aspectos de la reconstrucción de los acontecimientos, en términos de disputa cultural y política, que llevó adelante el movimiento de la reforma universitaria, constituyéndose en algunos momentos en una

2. MARIATEGUI, José Carlos; *El alma matinal y otras estaciones del hombre de hoy*, Lima, Amauta, 1980.

3. PORTANTIERO, Juan Carlos; *Estudiantes y política en América Latina*, México, Siglo veintiuno, 1978.

4. En "Perspectiva universitaria", Nº 5, Buenos Aires, septiembre de 1978.



cultura contra-hegemónica y entrando en relación con movimientos políticos de masas, por ejemplo a través de la solidaridad obrero-estudiantil. Respecto al planteo de Romero, y los postulados que destaca, tienen lugar como parte de las nuevas bases que se sentaron para la reestructuración de las universidades, expresados en las discusiones, los discursos y las resoluciones, que se llevaron a cabo durante el primer congreso nacional de estudiantes universitarios en Córdoba, en julio de 1918.

El concepto de *kulturkampf* que incorpora Portantiero para explicar la fuerte reacción de los sectores clericales cordobeses, frente al movimiento de la Reforma Universitaria que ponía en cuestión su cerrada hegemonía cultural y política, nos permite ahondar en las características particulares que adquirió este fenómeno de “lucha cultural” en la Universidad Nacional de Córdoba. La articulación de un bloque histórico, del cual formaron parte, los miembros de la juventud universitaria cordobesa, junto al radicalismo yrigoyenista, el Partido Socialista y el sindicalismo, dio lugar, tras varios meses de intensas luchas, a la resolución de la disputa a favor suyo, en el mismo reducto más importante que tenía el clericalismo en Argentina.

La comprensión de los sucesos que se desencadenaron en Córdoba, en 1918, supone poder distinguir la disputa cultural desarrollada entre quienes se definían como portadores de valores que implicaban una renovación ideológica, y se reconocían por su carácter de jóvenes, observándose a sí mismos como forjadores una nueva generación intelectual, que estaban acompañados por docentes liberales cordobeses; y quienes pertenecían a una aristocracia doctoral, tributaria de la burguesía agraria constituida como clase dominante, cuyo raigambre se encontraba sustentada por una estructura de poder, que tenía a la Universidad como eje principal, y se sostenía mediante una tradición de tres siglos. En este sentido, cabe agregar a la definición establecida por Silvia Rointenburd⁵, de un nacionalismo católico cordobés, guiado por la estrategia de una fracción de la alta jerarquía de la Iglesia local contra la laicización del resorte de la educación por parte del Estado, que se intentaba preservar como mecanismo de control de la sociedad; la concepción elaborada por Lewis Coser⁶, sobre la secta religiosa, caracterizada por el rasgo exclusivo de sus miembros, cuyo organizador ejemplar es la Compañía de Jesús, fundadora de la Universidad de Córdoba, e inspiradora de la constitución de la *Corda Frates* en 1917, contra la cual disputó culturalmente la juventud universitaria.

Para poder dar cuenta del enfrentamiento cultural y político protagonizado por los jóvenes reformistas, analizamos la teoría de la “nueva generación”, mediante la cual se identificaban éstos, y buscaban diferenciarse de los sectores con los que confrontaban. La apelación recurrente de Julio V. González, a la noción de que la Reforma Universitaria implicó un “divorcio generacional”, tomaba como fuente la teoría de José Ortega y Gasset, que definía como preponderante la noción de generación, más precisamente la existencia de épocas eliminatorias o polémicas, para poder explicar el desarrollo de

5. ROITENBURD, Silvia; *Nacionalismo Católico Córdoba, (1862-1943): educación en los dogmas para un proyecto global restrictivo*, Córdoba, Ferreyra editor, 2000.

6. COSER, Lewis; *Las instituciones voraces*, México, Fondo de Cultura Económica, 1978.

la historia, y los cambios en la “sensibilidad vital” de las sociedades. En todas las generaciones históricas, existe una masa y una minoría, y cada miembro de aquellas, vive en dos planos, por una parte recibiendo ideas, valores e instituciones, y por otra, deja fluir su propia espontaneidad, como en las épocas eliminatorias, definida como tiempos de jóvenes, edades de iniciación y beligerancia constructiva. Como plantea Portantiero, la “teoría de la joven generación”, significó un principio de teorización de la experiencia política que comenzaron a experimentar los jóvenes universitarios.

Los nuevos ideales que atravesaban el contexto de la Reforma Universitaria, fueron expresados por Saúl Taborda, a través de un texto publicado en julio de 1918⁷. En este libro realizó un análisis crítico de la situación que atravesaba la civilización europea, llegando a la conclusión de que se estaba abriendo una “hora americana”, en la cual se impondrían las nuevas concepciones de la democracia, de la justicia, de la política docente, del arte, y de la moral, dando lugar a un ideario específico para el movimiento en gestación. Uno de los conceptos elaborados por Taborda⁸ es el de democracia americana, en el se cual afirmaba que la opinión pública, concebida como autogobierno, cumplía un papel preponderante en el proceso de la toma de decisiones. La democracia dejaba de concebirse así en términos de una mera función electoral en el ideario de Taborda, para pasar a considerarse como la expresión de la opinión pública e índice de la capacidad del pueblo para el gobierno propio. Así, se formula un nuevo tipo de democracia surgida de los propios ideales latinoamericanos, y definida como una concepción general de la vida que se sustenta en un nuevo proceso universal de la civilidad, en perspectiva de constituir un “estado social cooperativo”. Esta era la definición establecida en el ideario tabordeano para concebir la noción de democracia americana, para que pudiera responder a la propia realidad, haciendo que la convivencia humana sea un hecho, a partir de la igualdad de condiciones en la que debían encontrarse todos los hombres, para desarrollar con libertad “el espíritu y el cuerpo”. La idea de cooperación para la organización política americana, contrastaba abiertamente con: *una constitución social regida por el ideal demócrata en la que los unos trabajen con el único fin de asegurar la existencia de los otros*⁹. La democracia pasaba a interpretarse como colaboración en el destino, para lo cual se requería un esfuerzo solidario colectivo, en la elaboración de una perspectiva hacia la búsqueda un máximo de bienestar que asegurara la vida de los pueblos, facilitando el advenimiento del “hombre nuevo”.

Esta situación, que caracterizaba a la Universidad de Córdoba, nos ha permitido interpretar la rápida proyección que tuvo la Reforma Universitaria en países latinoamericanos que tenían ciudades universitarias provenientes de la colonia, como eran los casos de Chile, Perú y Cuba, que fueron algunos de los lugares en donde circularon copias del Manifiesto liminar, escrito, como se difundió públicamente, por Deodoro Roca; quién dirigió este texto programático, desde “la juventud Argentina de Córdoba, a los hombres libres de Sudamérica”. A la vez, se refuerza el impacto producido en estos países al igual que en Argentina, a partir del rol que tuvieron los intelectuales que protagonizaron los movimientos

7. TABORDA, Saúl; *Reflexiones sobre el ideal político de América*, Córdoba, Editorial Elzviriana, 1918.

8. TABORDA, Saúl; ob. Cit., p.175.

9. Idem; p. 180.



culturales y políticos, que propugnaban la transformación social y una renovación ideológica. En este sentido, destacamos las consideraciones realizadas por Antonio Gramsci¹⁰, para el estudio de los intelectuales en América del Sur y Central. Los planteos de Gramsci advierten la necesidad de tener en cuenta en la base del desarrollo de los países latinoamericanos la existencia de cuadros de la civilización española caracterizados por la Contrarreforma y el militarismo parasitario, los que se transformaron en cristalizaciones resistentes como eran el clero y la casta militar, representando dos categorías de intelectuales tradicionales fosilizadas. Algunas de las causas para que mantuvieran preeminencia este tipo de intelectuales, están relacionadas con la estructura social de los países latinoamericanos, con una base industrial muy limitada sin haber desarrollado superestructuras complejas. Esta situación estructural generaba como consecuencia que la mayoría de los intelectuales estuvieran ligados al clero y a los grandes propietarios, por el predominio del latifundio, que incluía extensas propiedades eclesiásticas.

También, para Gramsci, otra de las características específicas existentes en estas regiones se la otorgaba la composición nacional étnica desequilibrada entre la población blanca y las masas indígenas, cuya problemática fue tenida en cuenta como fundamental tanto por parte del fundador del APRA, Víctor Raúl Haya de la Torre, como por José Carlos Mariátegui. Este diagnóstico esbozado por Gramsci, lo llevo a plantear que en las regiones latinoamericanas existía una situación de *kulturkampf*, esto es de lucha cultural, debido a que los elementos laicos y burgueses, todavía no habían alcanzado la etapa de subordinación de los intereses y de la influencia clerical y militar a la política laica del Estado moderno. Este concepto es retomado de manera sugerente para aplicarlo al análisis del conflicto desatado por la Reforma Universitaria de 1918 en Córdoba, por Juan Carlos Portantiero¹¹; con lo cual se pueden advertir las dimensiones de la disputa cultural y política que abrió el movimiento de la juventud universitaria que protagonizó estos acontecimientos, y comprender del mismo modo las causas de su rápida diseminación a nivel nacional y continental.

Otro concepto, que permite la comprensión del fenómeno de la "Reforma Universitaria", que tuvo como escenario principal a la Universidad de Córdoba, es el de la existencia de una elite convertida en una "aristocracia doctoral"¹², cuyo eje de poder radicaba en la relación que tenía con esta institución. Los doctores de la "Casa de Trejo", ejercían sus profesiones liberales, y ocupaban a la vez, los altos cargos del gobierno, de la burocracia oficial, de la justicia y de la Universidad, transformándose en la elite dirigente de la ciudad. El movimiento reformista, que posibilitó la creación de nuevos mecanismos institucionales universitarios, fue forjando elites alternativas, reconocidas como una "nueva generación", que socavaron la estabilidad de la aristocracia doctoral de Córdoba, y de esa manera comenzó a perder el control de un ámbito que legitimaba su rol preponderante en la estructura de poder.

10. GRAMSCI, Antonio; *Los intelectuales y la organización de la cultura*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1984.

11. PORTANTIERO, Juan Carlos; ob. Cit.

12. AGULLA, Juan Carlos; *Eclipse de una aristocracia*, Buenos Aires, Ediciones Libera, 1968, p. 25.

El proceso de la Reforma Universitaria se enmarca en el contexto de conformación de las clases sociales modernas en Argentina y en Latinoamérica, lo que nos remite a la cuestión de los hijos de los inmigrantes, que fueron una parte importante del estudiantado universitario, que protagonizó las distintas reivindicaciones por la democratización y apertura, del ámbito que abría las puertas para el ascenso social. Sin embargo, también percibimos una relación generacional conflictiva por parte de determinados intelectuales, como veremos en los casos paradigmáticos de Julio V. González y Deodoro Roca, que se planteaban una ruptura con su linaje, que había conformado la elite de la generación del ochenta. En el caso de Julio González adquirió un carácter dramático el divorcio generacional, al establecer en un escrito, un “ficticio” diálogo de las generaciones, entre dos personajes, que eran al igual que él con el fundador de la Universidad de La Plata, Joaquín V. González: padre e hijo; y representaban las cosmovisiones contrapuestas de la elite del ochenta, respecto al “hombre nuevo” promovido por la Reforma Universitaria¹³.

El surgimiento y desempeño de la nueva generación aparece en el espacio público continental a partir de los acontecimientos sucedidos originariamente, el 15 de Junio de 1918, en Córdoba, que fueron fruto de un proceso de disputa de ideas que implicaban “concepciones del mundo” contrapuestas, y desencadenaron la Reforma Universitaria. Desde este momento histórico, y con mayor intensidad durante su asentamiento durante la década de 1920, específicamente en Argentina, aunque proyectándose en el continente, esta generación constituyó más que un sistema de ideas, la práctica social y auténtica a lo largo de este período, que abarcaba las dimensiones inconscientes y no articuladas de la experiencia social, además del funcionamiento de las instituciones formales. Esto se correspondió con la instauración del campo intelectual y el campo de poder¹⁴, definido por Bourdieu como un poder simbólico que confirma o transforma la visión del mundo y moviliza para la acción a partir de su reconocimiento, y alrededor del cual giraron las discusiones, conflictos y acuerdos de la época.

Estos planteos ideológicos renovadores, elaborados por intelectuales vinculados con el ideario reformista, y puestos a prueba con las realidades de países estructuralmente distintos como Perú y Cuba, resonaron en el ambiente intelectual argentino desde donde habían surgido inicialmente. Tal como señala Eduardo Devés Valdés¹⁵, estas polémicas y debates ideológicos conformaron una red de pensadores latinoamericanos durante la década de 1920, que mantuvieron durante este lapso una relación basada en acuerdos básicos que implicaban el mutuo reconocimiento como interlocutores, lo que no eximía de la posibilidad de polemizar. Conformaban esta red, intelectuales como Ingenieros, Palacios, Mariategui, Haya de la Torre y José Vasconcelos cuando era funcionario del gobierno surgido de la Revolución Mexicana. El Aprismo se desarrolló como movimiento en paralelo con la red, estableciendo una fuerte relación de reciprocidad. Las ideas principales que circulaban eran, en primer lugar el afán de unidad latinoamericana en oposición al avance de Estados Unidos, desarrollándose una prédica hispanista

13. GONZALEZ, Julio V.; *Reflexiones de un argentino de la nueva generación*, Madrid, Imp. De Pueyo, 1931.

14. BOURDIEU, Pierre, *Intelectuales, política y poder*, Buenos Aires, EUDEBA, 2007.

15. DEVES VALDES, Eduardo; *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Entre la modernización y la identidad. Tomo I Del Ariel de Rodó a la CEPAL*, Buenos Aires, Biblos, 2000.



y latinista que los asociaba a intelectuales europeos importantes como el grupo *Clarité*, conformado por Henri Barbusse y Romain Rolland como “la internacional del pensamiento” que en Francia se opuso a la Gran Guerra y que simpatizaba con la Revolución Rusa. Desde España expresaban su solidaridad y reciprocidad de ideales con los intelectuales de la Reforma Universitaria, Miguel de Unamuno y Ortega y Gasset.

Otra de las ideas propugnadas por la red de pensadores, y que repercutían en algunas revistas argentinas como *Inicial*, *Sagitario*, *Claridad*, *La Revista de Filosofía*, era la del antiimperialismo desde distintas interpretaciones. También aparecía un énfasis en lo popular-social, en donde confluyeron posiciones indigenistas con planteos socialistas como los de Mariátegui, comenzando a aparecer la noción de un socialismo latinoamericano. Una última idea que se destaca en esta red era el afán por dar a conocer la producción intelectual hispanoamericana. En este clima de ideas, se fomentó la conformación de la “Unión Latinoamericana”, en Buenos Aires en la redacción de la revista *Nosotros*, en 1925, sustentada por un programa elaborado por Ingenieros, en donde se destacan las denuncias a la diplomacia del dólar en referencia al desarrollo imperialismo norteamericano, y se proclamaba la búsqueda de la unidad de los países latinoamericanos, era presidida inicialmente por Palacios. La “ULA”, estaba constituida por intelectuales, y contaba entre sus miembros con una importante cantidad de protagonistas de la Reforma Universitaria, que encontraban en esta nueva organización un canal apropiado para manifestar uno de los aspectos centrales de su ideario, como eran los planteos de unidad latinoamericana y el antiimperialismo.

El nuevo sujeto pedagógico y político, que se erigió desde ese momento como un actor preponderante, en la mayoría de los países latinoamericanos, fue la juventud universitaria, que abarcaba principalmente a los estudiantes, junto a los graduados y profesores jóvenes. Con una fuerte carga de influencia del “Ariel” de Rodó y su vindicación de la condición juvenil americana, acompañada de su contraposición idealista con la “nordomanía”, las clases medias constitutivas de la nueva generación intelectual, se encontraban en una situación estructural que las aislaba de la producción, circunscribiendo su accionar emancipador al plano estricto del espíritu o cultural. Haciendo la salvedad, a partir de los planteos de Bourdieu, que las características de las distintas clases sociales no dependen solamente de su posición diferencial en la estructura social, sino además de su peso funcional en esa estructura.

Por ejemplo, en las sociedades en que es débil el desarrollo de la economía, específicamente de la industria, sólo confiere a la burguesía industrial y al proletariado, un débil peso funcional, por la preponderancia del sistema de relaciones entre la pequeña burguesía que suministra los cuadros administrativos del Estado y un inmenso subproletariado, formado por desocupados, trabajadores intermitentes de las ciudades y campesinos “desarraigados”, que determina la estructura social. De esta forma, para Bourdieu, la pequeña burguesía de trabajadores permanentes y no manuales, podía presentar numerosos rasgos que la acercaban a las clases medias de sociedades más desarrolladas

desde el punto de vista económico y político. Las conductas asumidas por esta pequeña burguesía, podrían ir de la inclinación al “ascetismo y al moralismo”, y en el orden de la acción política se caracterizaría por su posición respecto al proletariado, el cual impugnaba el “aburguesamiento” y los privilegios de aquella, pero encontrándose en una posición como clase, muy débil para poder imponerle sus exigencias.

Esta situación estructural es asimilable a la que atravesaba la juventud universitaria en Córdoba, en cuanto a su pertenencia social, y su condición de clase. Aunque otro aspecto que señala Bourdieu, que hay que valorar, además de las relaciones que objetivamente mantiene con las demás clases sociales, tiene que ver con el hecho que los individuos que la componen entran deliberada u objetivamente en relaciones simbólicas. Ellas expresan las diferencias de situación y posición de clase, que se convierten en “distinciones significantes”, adquiriendo una independencia relativa el orden propiamente cultural, a través de la asimilación de marcas de distinción, gracias a las cuales los sujetos sociales manifiestan y al mismo tiempo constituyen para sí mismo y para los otros, su posición en la estructura social, y la relación que mantienen con ésta.

Contemplando las definiciones establecidas por Bourdieu, podemos afirmar que el sujeto político impulsado por la Reforma Universitaria, se constituyó en su momento fundacional, estrechando un lazo de mutua solidaridad con los trabajadores, que aunque pudo pretender adquirir cierto carácter tutelar por parte de la juventud universitaria hacia aquellos, y cuyas causas se podrían rastrear en las condiciones de la estructura social de Córdoba, existente de igual manera en otras ciudades de raíz colonial latinoamericanas, y en la que cumplía un rol preponderante la aristocracia doctoral; estableciéndose desde allí, relaciones de mutua reciprocidad entre el movimiento estudiantil y el movimiento obrero, con distintas intensidades y mecanismos a lo largo de la historia continental.

Antecedentes y avatares en el camino de la Reforma Universitaria: la creación de la Unión Latinoamericana

José Ingenieros, quien fuera elegido como uno de los maestros de América, por parte de la nueva generación intelectual, tal como lo expresara Mariátegui en un artículo sobre “la crisis universitaria, de maestros y de ideas” en 1923, sentó las bases ideológicas programáticas de la Unión Latinoamericana, dándole fundamentos teóricos a la concepción de solidaridad continental impulsada desde la Reforma Universitaria. Tomaba, en su análisis el ejemplo de México por el máximo de reformas llevadas adelante por el gobierno revolucionario, de acuerdo a su ambiente y sus posibilidades de realización. Y a la vez incorporó a la matriz arielista, de oposición binaria entre la cultura latina y el materialismo anglosajón, la noción de un nuevo tipo de antiimperialismo, basado en los fenómenos de empréstitos públicos junto a la “diplomacia del dólar”, como mecanismos establecidos por los países impe-



riales para poder mantener la dominación y extracción de recursos de las naciones, sin necesidad de intervención militar previa.

La Unión Latinoamericana organizada por intelectuales provenientes del movimiento reformista argentino a mediados de la década de 1920, tal como pretendía su inspirador, Ingenieros, realizó una tarea de concientización de la población y fomento de la resistencia, invocando a las “fuerzas morales” de las naciones, como freno ante los embates del imperialismo, principalmente norteamericano. Se puso el foco de análisis desde esta institución radicada en Buenos Aires y Córdoba, en la denuncia de la extracción de los recursos naturales, fundamentalmente del petróleo en las naciones latinoamericanas, por parte de lo que Deodoro Roca definiera como la gran lucha de “Leviatanes” entre la “Standard Oil Company” y la “Shell Company”.

Tanto Haya de la Torre, como Mariátegui y Mella, abrevaron en la experiencia de la Unión Latinoamericana. Los tres intelectuales latinoamericanos consideraron a su ideólogo, y quien sentara las bases para la nueva concepción del capitalismo imperialista, Ingenieros, como verdadero maestro de América. También, identificaban al movimiento de la Reforma Universitaria en Argentina, como precursor a nivel continental. Aunque en cada caso, se planteó una instancia superadora, en términos políticos, como forma de manifestar su pertenencia a la nueva generación, cuya definición amplia, daba lugar a la existencia de una diversidad ideológica e interpretativa.

Haya de la Torre con la creación del APRA (Alianza Popular Revolucionaria Americana), como frente único de las juventudes de trabajadores manuales e intelectuales, se proponía el reemplazo de lo que denominaba los caminos románticos en la lucha contra el imperialismo, para darle paso la nueva generación revolucionaria de América Latina. Reconocía a Ingenieros como el precursor, por haber conceptualizado en términos económicos el conflicto histórico por el cual atravesaba el nuevo mundo. Sin embargo, Haya de la Torre atribuía a su propia organización, el aprismo, el haber encontrado los caminos necesarios para la resolución política e histórica de los países latinoamericanos frente al fenómeno del imperialismo. El APRA, bajo su inspiración, pasaba de ser una organización aglutinadora de figuras intelectuales, y de distintas procedencias ideológicas, para convertirse en un partido político, que estuviera en condiciones de competir por el poder.

La figura de Mella en Cuba, con la creación del Partido Comunista Cubano en 1925, de manera inmediata, con posterioridad a su rol protagónico como dirigente estudiantil para la gestación de la Reforma Universitaria y la Universidad Popular, produjo una fusión entre los planteos reformistas y revolucionarios, que luego del cambio de estrategia de la Tercera Internacional Comunista, anunciado en el Congreso Mundial contra la Opresión Colonial y el Imperialismo, en Bruselas en 1927, ingresarán en una etapa de tensiones. Esta situación, de algún modo, se expresó anticipadamente, en la polémica entablada por Mella con la publicación del manifiesto político, en 1928, ¿Qué es el Arpa?, de crítica y

oposición hacia el aprismo, en todos sus aspectos ideológicos y organizativos, quizás sin reparar en la diferenciación establecida, que estaba vinculada estrictamente a la nueva filiación partidaria asumida, y que significaba la transformación del APRA de haber sido inicialmente un movimiento y frente único, a pasar a convertirse en un partido político.

El perfil político e intelectual de Mariátegui, y su perspectiva de análisis crítico tanto de las posturas dogmáticas en las que estaba recayendo la Internacional Comunista, como de la respuesta sectaria del aprismo, permitió el mantenimiento de la viabilidad de lo que José Luis Romero definiera como característico del movimiento reformista, esto era, la militancia al servicio del cambio social sin adopción de posiciones dogmáticas. A ello le agregaba, su cualidad como polemista, respetando la libre discusión de las ideas, como lo había dejado sentado en 1927, al intervenir en la discusión sobre el meridiano intelectual de Hispanoamérica. Lo que el intelectual peruano definiera como la "Batalla de *Martín Fierro*", para describir la respuesta de esta revista vanguardista argentina de la década de 1920 frente a la postulación de Madrid como centro cultural por parte de la *Gaceta Literaria* de esa ciudad, sintetiza el clima de época dominante.

Para Mariátegui, América Latina era todavía en aquel momento una cosa inorgánica, y el ideal de la nueva generación intelectual tenía como horizonte, precisamente darle unidad. En este sentido, establecía como los campos de gravitación del espíritu hispanoamericano se encontraban al norte en México y al sur en Buenos Aires, y al encontrarse ésta capital más conectada con los demás centros de Sudamérica, reunía las mejores condiciones materiales para ser considerada como su genuina metrópoli intelectual. La Reforma Universitaria, por medio de dos de sus creaciones, el "Frente Único de la Juventud" y la "Unión Latinoamericana", habían alcanzado en aquel momento en Argentina y en el continente así su nivel de mayor esplendor y proyección.

Sin embargo, el bloque antiimperialista en ciernes, comenzó a sufrir fisuras, a fines de la década de 1920. El paso, del segundo período hacia el tercer período de la Internacional Comunista, redefiniendo la estrategia revolucionaria en términos de "clase contra clase", que descartaba el "frente único antiimperialista", produjo un fraccionamiento en el bloque latinoamericano, al pasar a considerar por parte de la Internacional Comunista al movimiento de la Reforma Universitaria como "pequeño burgués", y en consecuencia, enemigo del proletariado. El viraje táctico, fue definido durante el VI Congreso de la Tercera Internacional, en 1928, aunque en la tesis que aparecen en los documentos de éste, nunca se aclara cuando terminaba el segundo período, iniciado en 1923. Solamente, se mencionaba como la causa del cambio de postura, a lo que se suponía como una modificación en la economía capitalista, concibiéndola en un momento de elevación, caracterizado por un rápido desarrollo técnico y un crecimiento exponencial de los *cártels* y los *trusts*, que llevaba a una visión catastrófica del futuro inmediato de la sociedad capitalista. Pero, una explicación de esta modificación de la táctica revolucionaria, se puede hallar en las consecuencias de la masacre de Shangai en 1927, que implicó la ruptura del apoyo de la Internacional al *Kuomintang*, como frente de masas, en China.



Haciendo referencia a las colonias, se caracterizaba en el nuevo período de la Internacional Comunista, al gobierno surgido de la Revolución Mexicana, como pequeño burgués, a diferencia de la percepción que tenía de ella la nueva generación intelectual. Ello desembocaba en el planteo que los movimientos revolucionarios de América Latina, introduciendo como una necesidad aliarse con la Unión Soviética. La Internacional proponía para los países coloniales y “semicoloniales”, la táctica del poder revolucionario sobre la base de los “Soviets”. Aunque, para llegar a esa instancia, debido al presupuesto del predominio de las relaciones feudales y precapitalistas, en aquellos países, la Internacional determinaba la necesidad de que atravesaran una etapa intermedia. Así, se establecía la consideración de una revolución democrática-burguesa, como instancia preparatoria para la “dictadura del proletariado” y la revolución socialista. Para lo cual, se debían dar los prerequisites de: un cierto nivel de desarrollo industrial en el país, la organización de sindicatos del proletariado, y de un Partido Comunista fuerte. Remarcándose el rechazo a la formación de bloques o frentes con los movimientos definidos como “nacional-reformistas”.

Por lo tanto, el cambio de estrategia establecida por la Internacional Comunista, al ingresar en el tercer período, de “clase contra clase”, significó la aceptación de una concepción “etapista”, basada en los planteos de Lenin sobre la “autodeterminación nacional”, en los cuales, la alianza con el campesinado era concebida como un momento para completar la revolución democrática burguesa, para poder llegar a la revolución socialista mediante la dictadura del proletariado. Como contraposición a ellos, se encontraban los postulados de Mariátegui sobre el socialismo creativo en base a la propia realidad de las naciones latinoamericanas, que en lugar de negar su heterogeneidad histórica, social, cultural y étnica, la valorara como fundamento de la misma identidad, lo que lo indujo a la idea de la conformación de un nuevo sujeto histórico integrado por el proletariado y el campesinado indígena, como condición para la construcción del socialismo y fundamento de una revolución democrática y nacional, descartándose como medio para completar tareas democráticas burguesas inconclusas. Por otra parte, el sectarismo de la nueva táctica adoptada por la Internacional Comunista, llevaba a la negación para la conformación de alianzas o bloques históricos, como los que habían caracterizado a los promovidos por el movimiento reformista, a lo largo de la década de 1920 en América Latina.

Algunas de las consecuencias inmediatas, de este viraje estratégico de la Tercera Internacional, implicó la desintegración de los vasos comunicantes existentes entre la “Unión Latinoamericana” y las “Ligas Antiimperialistas”. Ambas organizaciones, fuertemente influidas por la experiencia de la “Revolución Mexicana”, y abiertas a la participación en sus filas de todas las tendencias políticas desde sus inicios, comenzaron a diferenciarse. Ello se debió a que las Ligas Antiimperialistas, empezaron a funcionar bajo la órbita de los Partidos Comunistas, supervisados en distintas instancias por la Unión Soviética, como el Buró Sudamericano de la Internacional Comunista, bajo el secretariado de Victoria Codovilla, quien era un hombre del “aparato partidario”, y representaba una contrafigura, respecto al núcleo de intelectuales, que conformaban la “Unión Latinoamericana”, tomando como ejemplo organizativo a la internacional del pensamiento. La “Revolución Rusa”, en este contexto, pasaba a considerarse por parte de Deodoro Roca, parafraseando a León Trotsky, en términos de “La Revolución desfigurada”, en un artículo publicado en octubre de 1929. La revolución bolchevique, dejaba de ser interpretada,

como la fuerza auroral de los anhelos de transformación social, para concebirse como una maquinaria burocrática gestora de una nueva burguesía, con una estructura de organización capitalista.

Se desconocía así, por parte del nuevo actor político que pretendía iniciar el “descubrimiento de América”, todo un acerbo cultural y político, construido por los intelectuales del movimiento de la Reforma Universitaria, en relación al estudio del capitalismo en América Latina, y que se transformará en una importante corriente antiimperialista, a través de organizaciones como la Unión Latinoamericana y el APRA. Tanto Ingenieros, Taborda, Deodoro Roca, Haya de la Torre y Mariátegui, son sus figuras que realizaron los mayores aportes teóricos y prácticos, durante este ciclo inaugural, cuyas raíces se remontan a Córdoba durante los acontecimientos históricos de 1918. Esta base ideológica y política sustentada en el movimiento reformista, permitió la continuidad de su legado y accionar, ante el proceso de ruptura y reordenamiento que se había abierto en el continente, con la aparición de una nueva organización revolucionaria, que pretendía establecer una hegemonía sin sustento analítico ni político, justo en el momento en el que se producía una de las crisis que hará temblar el sistema capitalista mundial, y cuyas secuelas implicarían un nuevo período dominado por el autoritarismo estatal y los monopolios internacionales extractivos de las fuentes de riqueza de América Latina.

A modo de cierre

En primer lugar, se puede señalar a la “Reforma Universitaria” como un fenómeno político, genuinamente latinoamericano, desde su momento inicial, con los aportes teóricos de los intelectuales cordobeses Saúl Taborda y Deodoro Roca, hasta su transformación a través de las distintas experiencias nacionales que le imprimieron su sesgo específico, como los casos de Perú, con los aportes de Mariátegui y Haya de la Torre y Cuba con la figura de Mella. Esta proyección regional del movimiento, forjó la creación de organizaciones políticas y culturales, conformada por intelectuales provenientes de las clases medias, y comprometidos con los nuevos tiempos que atravesaban América Latina y el mundo, desde una perspectiva de transformación social, de acuerdo a la idiosincrasia de las naciones en las que desenvolvían su accionar. Tanto la ULA como el APRA, coincidieron en sus bases programáticas, y en su praxis política en el plano latinoamericano con otras expresiones sociales articuladas con la “Internacional Comunista”, como las “Ligas Antiimperialistas” hasta que se produjo el cambio de táctica revolucionaria por parte de esta última, desde una postura frentista hacia otra sectaria, impulsando así la ruptura con quienes eran considerados como sus aliados hasta entonces. De este modo, apareció un nuevo tipo de intelectual, tributario del aparato partidario, comprometido con la actividad política y cultural, pero sin una impronta propia que pueda disentir con la línea fijada, como representó la figura de Victorio Codovilla. Los intelectuales de la nueva generación, se encontraban así ante una nueva situación de disputa cultural, por primera vez en el mismo seno del movimiento. Por ello, se dejaba de lado la articulación que se dio hasta el momento entre el análisis crítico de la realidad política latinoamericana, junto al accionar transformadora de ella, dando lugar a la repara-



ción de actores sociales preocupados por el orden imperante ante la reconfiguración capitalista de la sociedad y el Estado, cuyo desenlace lejos estaba de implicar su disolución, aunque tampoco volvería a ser lo que fue, subsistiendo de esta forma la crisis de hegemonía.

Lautaro Bruera, "La Reforma Universitaria como fenómeno político y su proyección en latinoamérica". Cuadernos del Ciesal. Año 8, número 9, enero - junio 2011, pp 71-86.